

Siete noches y un error

Es frecuente leer, en los diarios del primer mundo, que tal o cual compañía “recalls” un producto que ha resultado defectuoso. Si es una automotriz, por ejemplo, invita a todos los compradores de un cierto modelo a devolver sus autos, les da uno nuevo a cambio, y, si corresponde, los indemniza. No creo que el Fondo de Cultura Económica siga ese ejemplo con su edición de *Siete noches*, ni que lo siga Emecé, que en la suya tan hospitalariamente alojó a casi todos los errores, erratas y extravagancias del primer editor. Hacen bien: en estos tiempos Borges se compra más “para tener” que con fines de lectura. Contratar a algún chico con escuela primaria aprobada, sólo para mejorar las versiones de *Siete noches*, sería un homenaje superfluo, aun en pleno centenario.

No las fallas de los editores, sino un error, o si se quiere tres errores, del propio Borges motivan lo esencial de esta nota. Es fácil documentar esos errores, sin recurrir a la lógica ni a alguna improbable memoria perfecta. En efecto, en 1988 las grabaciones de las charlas salieron a la venta bajo forma de casetes: cualquiera pudo desde entonces comparar lo escrito con lo dicho, como fui llevado a hacerlo en un par de oportunidades.

Es sabido que el libro en cuestión transcribe siete conferencias que Borges dio en 1977. Esas conferencias fueron registradas en cintas magnetofónicas y reproducidas en un diario porteño. Dos años después, Roy Bartholomew, caballero culto pero por lo visto distraído, se juntó con Borges y revisaron -dice el primero en un “Epílogo”- con “implacable responsabilidad” cada párrafo de cada conferencia. De ese trabajo compartido resultó en 1980 la edición del Fondo, que incluye, como pruebas del generoso esfuerzo, unas columnas del diario en que habían aparecido las conferencias, pegadas sobre hojas en blanco que se poblaban de tachaduras, añadidos y cambios.

De hecho, desgrabar a Borges no implicaba mayores dificultades. Si bien su “legendaria elocución” podía inducir a un transcriptor despre-

venido a equivocar los signos de puntuación, su voz llegaba con claridad, sus temas y preferencias resultaban familiares.

¿Cómo justificar entonces las múltiples equivocaciones de la versión del Fondo y de la edición (muy similar, aunque sin “epílogo”) de Emecé? Hay en esas equivocaciones, por suerte, un método, como en la locura de Hamlet según Polonio, de manera que se pueden salvar con un ejercicio fácil y quizás saludable. En general, se trata de comprender lo contrario de lo que está escrito. Si se lee “las desilusiones del yo”, basta con entender “las ilusiones del yo”(251). Cuando Borges habla del Oriente y afirma que “el concepto no existe”, hay que deducir que “el concepto existe” (238). Si se lee “indigno”, se traducirá por “digno” (251, antepenúltima línea.) Si Dante ve “a dos que no conoce”, se conjeturará que se encuentra con “dos que conoce”. Así de fácil. Aunque no siempre. Hay casos un poco menos obvios, que obligan a recurrir al contexto, o a razonar. Una vez, Alejandro “dice” algo que mucho hubiera sorprendido a sus interlocutores; en realidad, “se [lo] dice” a sí mismo (233). En 237, en cambio de “si lo hiciéramos” debe entenderse “si lo oyéramos”. En 257, en vez de “saber olvidar”, se trata de “haber olvidado”. Que se invente la grafía *Lessage* (240), que a Fénelon (235) se le haya caído el acento, que en vez de una campana, la silenciosa sea una “campana” (256), y que a la rosa de Angelus Silesius le falte el ser – el “es”, en la traducción (266)–, bueno, no nos pongamos exquisitos. El lector benevolente conservará la calma, y al encontrar referencias a “la zen” adivinará que Borges dijo “la sed” (250). Esto le resultará facilitado por el hecho de que “la zen” es comparada con el “*élan vital*” de Berson y “la ‘voluntad de vivir’ que se despliega en *Die Welt als Wille und... ‘Borstellung’*” (Emecé renuncia a la evocación del borscht e imprime *Vorstellung*). Sorprenderá un poco, es verdad, que Kipling lleve puestas “en su boca” unas plegarias últimas de marineros fenicios, en vez de ponerlas sin más en boca de los interesados (265). En materia fúnebre, llamará también la atención que el verso de Hafiz que Borges hace comenzar con “muero” se inicie en cambio con “vuelo”, pero hay que recordar la época (264).

Si se sigue atendiendo a textos o autores extranjeros, se verá que el promedio de errores se mantiene parejo. No ha de extrañar, pues, que todo desemboque “en un livre” y no “à un livre”(209). Swinburne, nombrado en una charla, es omitido en el texto correspondiente, vaya uno a saber si con acuerdo, resignación o desconocimiento de Borges. Meyrink llega a la letra impresa en una de las dos ocasiones en que se lo menciona; en la segunda, la referencia a la novela que sabemos cede el

paso a Scholem y a su propio registro de un Golem que nació con un puñal en "las manos" (275), acaso porque aún no tenía bastante fuerza para llevarlo en una sola.

En fin, ya se sabe que el error es legión. Pero los más interesantes de las *Siete noches* son, por supuesto, los tres que, inventó el propio Borges. Dos de ellos fueron impedidos de llegar a la imprenta. Estos dos ocurrieron en la primera de las conferencias. Borges dijo esa noche que Dante pudo parecer cruel con *Beatriz*: quería decir con Francesca; al rato, contó que, según la *Comedia*, Ulises, después de su retorno a Itaca, deja a *Circe*, para emprender una nueva, audaz, noble –y final– navegación (216 y 218).

Arribo, por fin, al tercer error, audible pero casi inaudito, incorregido, y conmovedor. En la conferencia sobre "La pesadilla", Borges se refiere al libro de *La Eneida* en el que Eneas penetra en el Averno con la Sibila. Eneas y la Sibila, según el "insuperado verso", *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram*, "Iban oscuros bajo la solitaria noche por la sombra". Virgilio muestra la firmeza del héroe troyano, que enfrenta sin vacilar los riesgos de la siniestra excursión a los infiernos. Eneas desea con toda el alma ver una vez más a Anquises, el anciano padre al que cargó amorosamente sobre las espaldas para salir de Troya y que murió antes de llegar a las costas buscadas. Y bien, la Sibila y Eneas avanzan por paisajes repugnantes de dolor y tristeza, en camino a la morada del noble Anquises. Llegan por fin a los Campos Elíseos. En un verde valle, se produce el emocionante encuentro que padre e hijo tanto anhelaron. Bañado en lágrimas, Eneas quiere rodear con los brazos el cuello de su padre. Tres veces intenta abrazarlo; en vano, porque Anquises ya es una sombra, una sombra tan inasible como las imágenes de los sueños (221).

Ahora bien, Borges refiere que Eneas ve, no a su padre, sino a su madre. Por una vez, el casete coincide con el texto: "madre", se oye más allá de cualquier duda. ¿Qué viene a hacer aquí la madre? La relación privilegiada de Eneas era la que, plena de amor y de piedad, mantuvo con el padre y su memoria querida.

¿Cómo pudo Borges confundirse a propósito de este pasaje, al que consideraba uno de los momentos más altos de la literatura? En alguno de los cielos inteligibles que gustaba frecuentar, *Beatriz* y *Francesca*, *Circe* y *Pénelope*, podían ser la misma mujer. Pero el padre y la madre de Eneas...

Pensemos que no hubo un voluntario propósito de sustitución. ¿Se trató entonces de uno de esos deslices que se producen al hablar en públi-

co? En este caso, ¿no lo advirtió Borges cuando le leyeron y releieron la desgrabación?

Quizás haya que contestar ambas preguntas por la afirmativa. Fue un desliz, sí; y Borges lo advirtió desde la primera lectura que le hicieron, sí. Pero sintió, supongamos, que si había dicho *madre*, pues bueno..., así debía quedar, como el signo de una confidencia casi pública, como la clave de un secreto que de algún modo se ansía revelar. Calló entonces. Dejó *madre*. Bartholomew cuenta en su "epílogo" que, finalizada la tarea de revisión, Borges le dijo: "me parece que sobre temas que tanto me han obsesionado, este libro es mi testamento". Más que un testamento intelectual, creo, fue un testamento del corazón. ¿Habría querido Borges inscribir allí para siempre la memoria de quien fue su luz, y dejar en la sombra el recuerdo de aquel que, con ironía célebre, le dio los libros y la noche?

Marcelo Abadi
Buenos Aires

Nota: Las referencias numéricas remiten a las páginas del tercer tomo de las *Obras completas* de Borges, editadas en 1996 por Emecé, en España. En la versión de Emecé (*à tout seigneur tout honneur*), además de la recta escritura de *Vorstellung*, aparecen corregidos un verso de Hugo y uno de Virgilio maltratados por el Fondo. Es algo, tal vez.